

CRÓNICA DE VITORIA

HACE unos pocos años se quemó el lindísimo Teatro Principal y desde entonces carecía Vitoria de un local apropiado para el objeto. Un emprendedor vitoriano y acaudalado propietario, D. Teodoro de Iradier, ha formado una sociedad y ha hecho un nuevo teatro en la calle de San Prudencio, sobre la extensa área que ocupaba la fábrica «Eléctrica Vitoriana», y solares anejos, construyéndose el edificio según las exigencias modernas de seguridad para esta clase de edificaciones y según los planos del notable arquitecto vitoriano, residente en Madrid, D. César de Iradier, que ha dirigido las obras, ayudado en sus ausencias por el ilustrado arquitecto municipal de Vitoria, D. Javier de Aguirre e Iturralde, distinguido guipuzcoano. Los materiales empleados han sido piedra, hierro, cemento y ladrillo, entre éste todo el ladrillo fino de la fábrica derribada y de su altísima chimenea.

En las pruebas de resistencia realizadas, el *flechímetro* ha dado cantidades casi inapreciables, prueba inequívoca de lo concienzudo de la construcción. Hago aquí una sucinta descripción del edificio.

Planta baja. — Cuatrocientas setenta butacas y diez palcos plateas y proscenios.

Planta primera. — Diecinueve palcos principales y proscenios.

Planta segunda. — Anfiteatro con trescientas localidades y dos proscenios.

Planta tercera. — Galería o paraíso con cuatrocientas localidades y dos proscenios.

Existe en cada piso su pabellón de urinario, *water-closset*, tocador de señora.

El edificio tiene cinco puertas de fachada, sirviendo las tres centrales para acceso de butacas y palcos plateas, la de la derecha para acceso al paraíso y la de la izquierda para el anfiteatro.

Se pasa al vestíbulo espacioso, habiendo a cada lado un despacho de localidades para mayor comodidad del público; seguidamente está el *foyer*, que tiene la altura de techo de dos pisos, siendo muy elegante y espacioso y desde donde se ve el salón principal de fachada y teniendo un balconaje todo alrededor de los pasos de palcos principales al salón.

Este salón principal coge todo el frente del edificio o sea veintiséis metros de largo por seis de ancho, con altura también de dos pisos; está elegantemente decorado y puede, por sus dimensiones y proporciones, tener mucha aplicación, como banquetes, conferencias, bailes de sociedad, etc., etc.

El anfiteatro tiene un espacioso salón de descanso, recibiendo luces de la terraza.

El paraíso tiene asimismo su buen salón y esto unido a la magnífica anchura de los pasillos, hace que el público pueda circular cómodamente por todas las dependencias del Teatro.

Existe una magnífica terraza que podrá ser muy conveniente para ciertas épocas de fiestas.

También existe un espacioso jardín para que en épocas favorables pueda servir como café restaurant.

Para mayor comodidad de los artistas, se ha edificado un pabellón a cinco metros del Teatro, que consta de dos pisos con catorce cuartos cada uno, todos provistos de luz, agua, calefacción y mobiliario correspondiente con sus urinarios y *water-closset* en cada uno de los pisos; dicho pabellón tiene su puerta principal a la calle con paso de seis metros de ancho independiente del Teatro, de modo que los artistas puedan entrar y salir a su comodidad a todas horas.

La sala de espectáculos está pintado de blanco, con filetes dorados, siendo todo el adorno sobrio y sin sujeción a estilo determinado.

Los contratistas han sido: D. Ricardo Uralde y D. Salustiano Mendía.

Los trabajos de hormigón armado los ha ejecutado la «Constructora Bilbaína».

Mobiliario y tapizado: D. Arsenio Aguirre, de Vitoria, y Sras. Rodríguez hermanas, de Madrid.

Instalación eléctrica y aparatos: D. Jaime Ruiz, de Madrid.

Calefacción: Sres. Pradera y Comp.^a, de San Sebastián.

Telón y decoración: D. Eloy Garay, de Bilbao.

La calle de San Prudencio, en que, como he dicho, está el nuevo

Teatro, se está asfaltando toda ella, desde su entrada por la calle de Dato (antes calle de la Estación) hasta su salida a la calle de los Fueros.

La inauguración del edificio será en breve, probablemente en las próximas fiestas de Navidad.

Vaya, ahora, un último recuerdo al Teatro destruido por un incendio rápido e inexplicable, que lo devoró en dos o tres horas, a pesar de la solidez y extensión del edificio, que adornaba a Vitoria y cuya desaparición causó hondo efecto y los amantes del arte aun lamentan.

Se construyó el Teatro en los años 1820 a 1822, sobre los planos del famoso arquitecto Silvestre Pérez, que dejó muy buenas obras en el país, entre ellas la Casa Consistorial de Donostia.

Era el edificio amplio y de cuatro pisos, con tres fachadas a escuadra a tres calles.

La fachada principal era de piedra sillería y de estilo grecorromano, orden corintio, con atrevido intercolumnio en el piso principal; estilo del que eran dos enamorados Silvestre Pérez y su contemporáneo el insigne arquitecto vitoriano Justo Antonio de Olaguíbel (del que la EUSKAL-ERRIA publicó su biografía, diversos grabados y un artículo aniversario) y cuyo citado estilo tan bien se presta para las construcciones civiles.

En el sótano se guardaba una ingeniosa maquinaria (que apenas se usó nunca) para facilitar la tramoya y que ahorrraba gastos y gente, siendo quizá esta causa la que motivó su olvido.

La sala de espectáculos era bellísima y de irreprochables condiciones acústicas. Tenía tres pisos de palcos voladizos y la decoración se inspiró en el gusto del Renacimiento italiano.

El escenario contaba con buenas decoraciones, especialmente el telón de boca y seis decoraciones, verdaderas obras de arte, que fueron pintadas por el artista francés Chenillon, que fué traído a Vitoria con ese objeto, lo que entonces representaba crecidos gastos.

Un actor eminente, gloria de la escena española y cumplido caballero, Emilio Mario, con quien siempre estuve en buena relación, me decía, cuantas veces venía a Vitoria — y fueron muchas —, que no había en España un teatro de su categoría mejor que el nuestro, y que se había adelantado un siglo a esta clase de edificios; bajo el punto de vista del arte.

Para el día 5 de este mes se anunciaba el viaje a Vitoria del Rey, con objeto de inaugurar oficial y definitivamente el Monumento conmemorativo de la Batalla de Vitoria, en la guerra de la Independencia; colocar en el estandarte del regimiento de caballería que lleva su nombre, la gran cruz de Beneficencia que los alcaldes de España regalaron a Su Majestad, y poner la primera piedra de un gran cuartel de caballería que se construye en la carretera de Navarra y sitio próximo al paseo de Indizmendi.

La enfermedad de Don Alfonso, los sucesos políticos, el estado epidémico de la ciudad y lo avanzado de la estación, han impedido realizar el viaje y verificar esas tres ceremonias que habian de tener lugar, forzosamente, al aire libre.

Como los lectores de la EUSKAL-ERRIA no conocerán el Monumento conmemorativo, voy a decir algo de él.

El Monumento se ha erigido en el centro de la plaza de la Virgen Blanca (antes plaza Vieja) y está rodeado de jardines que ocupan toda el área de la extensa plaza; desde el pie de la iglesia parroquial de San Miguel Arcangel hasta la calle de Postas y la entrada de la anchurosa calle del Prado, gozando la obra de gran perspectiva.

Han entrado en la composición de la obra piedra caliza blanca, piedra arenisca amarilla, piedra arenisca blanca de grano fino, mármol de Carrara y bronce, ofreciendo el contraste de los colores de estos materiales de la construcción, vistoso efecto.

La parte inferior del monumento está constituida por un tronco de pirámide con biseladas aristas donde se representan: en la cara anterior y en altorrelieve el teniente general D. Miguel Ricardo de Álava, a caballo, en actitud de alentar a sus paisanos a defender la ciudad, cuyo escudo figura sobre la cara mural en bajorrelieve. Los hijos de Vitoria, en altorrelieve, aclaman al general Álava y al triunfo de la Independencia española. Por debajo de esta cara se lee: «El teniente general D. Miguel Ricardo de Álava protegiendo a su Ciudad natal». Las caras laterales y posterior de este tronco de pirámide llenan relieves representando la derrota de los invasores, el abandono del material de guerra, del de los equipajes, de la impedimenta, de los muertos y heridos, en una palabra, del gran desastre que sufrió Bonaparte y la huida de éste a todo galopar de su caballo. Marte, el genio de la guerra, que se cierne sobre ese campo de desolación, señala a los franceses el único camino que le queda por tomar: el de volver a su patria. Al pie

de la cara posterior se ha escrito: «Derrota de José Bonaparte». Una gradería de tres peldaños biselados en sus ángulos, termina el monumento por su parte inferior. Rodeando a esta escalinata se ha formado un jardincito circular, de césped y adornado de flores, que sirve como de centro a los jardines generales de la plaza, de que hablé antes.

Sobre este cuerpo inferior del monumento se asienta el cuerpo central del mismo. Se representa en él a las fuerzas aliadas, compuesta de todas las armas y nacionalidades que tomaron parte activa en la batalla, destacándose, en la cara anterior, la figura a caballo del duque de Wellington, que llevaba el mando de las fuerzas, y en las restantes caras un general a caballo, correspondiente a cada una de las naciones aliadas. La actitud de los aliados expresa el espíritu bélico que los alentaba en el fragor del combate, sin llegar a la representación de la lucha directa con el enemigo y con la nota dolorosa de los que caen heridos o muertos, porque la expresión de estas escenas produce efecto doloroso. Al pie de este altorrelieve que rodea la parte central del monumento y en los cuatro biseles de sus lados están los escudos de las naciones aliadas, enlazados por ramas de laurel y roble que denotan la victoria que alcanzaron por la fuerza de las armas y de su unión.

Siendo la batalla de Vitoria de glorioso fin de la lucha con los invasores, corona el monumento un grupo alegórico constituido así: el espíritu de la Victoria que lleva triunfante su bandera española y que ofrece con el ramo de olivo el fin de la campaña y el comienzo de una era de paz. España, representada por una matrona, se apoya en el león, que es la fuerza que derriba al águila invasora y que, satisfecha del comportamiento del pueblo español, representa por la figura desnuda, que ha logrado romper las cadenas que la supeditaban, la estrecha materialmente con su diestra. En el pedestal de este grupo, que constituye la cúspide del monumento, y envuelto en palmas y laureles, se ve esta leyenda: «A la Batalla de Vitoria» (1).

El autor del monumento es el joven escultor de Madrid D. Gabriel Borras.

Al primitivo proyecto se le hicieron ligerísimas modificaciones, de acuerdo el autor del monumento con la Junta, a la que tuve el honor de pertenecer, como miembro de la General y de la Comisión técnica y ejecutiva.

JOSÉ COLA Y GOITI

(1) «Rincones de la historia de Álava», por D. Eulogio Serdán y Aguirregavidia.